

con nosotros, satisfacer, si, á nuestras preguntas, y darnos alguna noticia de Italia. A ciertos discursos no respondíamos sino suplicándoles de callar, pues era natural que dudásemos si eran desahogos de corazones ingenuos, ó tretas con el objeto de escudriñar nuestros ánimos, aunque me inclino mucho mas á creer que hablaban con sinceridad.

LXXII.

Una tarde teníamos centinelas muy benignas, y por lo mismo Oroboni y yo no nos molestábamos en comprimir la voz. Maroncelli en su subterráneo, encaramado en su ventana, nos oyó, y distinguió mi voz. No pudo contenerse, y me saludó cantando, me preguntaba como yo lo pasaba, y me espresaba con las mas tiernas palabras su sentimiento de no haber todavía obtenido que nos pusiesen juntos. Este favor le habia pedido yo tambien, mas ni el superintendente de Espielberga, ni el gobernador de Brünn no tenían facultad de concederle. Nuestro respectivo deseo habia sido trasmitido al emperador, y hasta entonces no habia llegado ninguna respuesta.

A mas de la vez que nos saludamos cantando en los subterráneos, habia oido otras desde el piso superior sus coplas, mas sin comprender la letra, y

apenas pocos instantes, porque no le dejaban proseguir. Ahora alzó mucho mas la voz, no fue tan pronto interrumpido, y entendí todo. No hay términos con que espresar la conmocion que experimenté. Respondíle, y continuamos el diálogo cerca de un cuarto de hora. Al cabo se remudaron las centinelas en el terraplen, y las nuevas no fueron complacientes, pues que nos disponíamos á volver á empezar el canto, oímos furiosos gritos y maldiciones, y fue preciso respetarlas.

Me representaba á Maroncelli yacente desde tan largo tiempo en aquella prision mucho peor que la mia, me imaginaba la tristeza que allí debia oprimirle frecuentemente, y el detrimento que sufriria su salud, y me abrumaba una profunda angustia. Puede al fin llorar, mas el llanto no me alivió; me cargó un grande dolor de cabeza con recia calentura, y no pudiendo sostenerme en pie, me recosté sobre el jergon; aumentó la convulsion, el pecho me dolia con horrible pasmo, y creí morir aquella noche. Al dia siguiente habia cesado la fiebre, y del pecho iba mejor, mas me parecia tener fuego en el cerebro, y apenas podia mover la cabeza sin que se despertasen en ella atroces dolores.

Participé á Oroboni mi estado; él tambien se sentia mas mal que de costumbre. — Amigo, le dije, no está lejos el dia que uno de nosotros dos no podrá ya venir á la ventana. Cada vez que nos saluda-

mos puede ser la última. Tengámonos, pues, listos uno y otro sea á morir ó á sobrevivir al amigo.

Su voz estaba turbada, yo no podia responderle; guardamos un instante el silencio, y luego prosiguió: — ¡ dichoso tú que sabes aleman! ¡ podrás á lo menos confesarte! He requerido un sacerdote que sepa italiano, y me han dicho que no hay. Mas Dios ve mi deseo, y desde que me confesé en Venecia, en verdad creo nada tengo que me remuerda la conciencia.

— Yo al contrario en Venecia me confesé, le dije, con ánimo lleno de rencor, é hice peor que si hubiese recusado los sacramentos, mas si ahora me se concede un eclesiástico, te aseguro que me confesaré de todo corazon y perdonando á todos.

— ¡ Bendígate el cielo! exclamó, tú me das un gran consuelo; hagamos, sí, hagamos lo posible entrambos por estar eternamente unidos en la felicidad, como lo estuvimos en estos dias de infortunio.

El dia despues le aguardé á la ventana y no pareció. Supe por Schiller que estaba enfermo gravemente. Pasados ocho ó diez dias, estaba mejor y volvió á saludarme, yo sufría, mas me iba sosteniendo. Varios meses se pasaron tanto para él como para mí en estas alternativas de mejor y peor.

LXXIII.

Pude tirar hasta el dia 11 de enero de 1823: por la mañana me levanté con mal de cabeza no fuerte, pero con amagos de desmayo; me temblaban las piernas, y me costaba trabajo exhalar el aliento. Oroboni tambien hacia dos ó tres dias iba mal, y no se levantaba.

Tráenme la sopa, apenas gusto una cucharada que caigo privado de sentido. Pasado un rato, la centinela del corredor miró casualmente por el postigo, y viéndome tendido por el suelo, con el pucherillo en que estaba la sopa volcado á mi lado, me creyó muerto y llamó á Schiller. Vino tambien el superintendente, se fué á buscar inmediatamente al médico, y me metieron en la cama; volví en mí con suma dificultad. El médico declaró mi vida en peligro, y me hizo quitar los grillos; me recetó no sé qué cordial, mas el estómago no podia retener nada. El dolor de cabeza se acrecentaba terriblemente. Dióse parte sin dilacion al gobernador, el cual despachó un correo á Viena para saber cómo debía yo ser tratado. La respuesta fue que no me pusiesen en la enfermería, sino que me cuidasen en la prision con la misma diligencia que lo hubieran hecho en aquella. Ademas autorizaban al superin-

tendente á abastecerme los caldos y sopas de su cocina, ínterin duraba la gravedad del mal. Esta última providencia me fue al principio inútil, pues ni comida ni bebida pasaba. Empeoré una semana seguida, y desbarraba día y noche.

Kral y Kubitzky me fueron dados por enfermeros; ambos me servían con amor. Cada vez que volvía algo en mí, Kral me repetía: — Tened confianza en Dios; Dios solo es bueno.

— Pedid por mí, le decía yo, no que me sane, sino que acepte mis desgracias y mi muerte en espíacion de mis pecados.

Me sugirió reclamar los sacramentos.

— Si no los he pedido, repuse, hay que atribuirlo á la debilidad de mi cabeza; mas será para mí gran consuelo el recibirlos.

Kral refirió mis palabras al superintendente, é hizo venir al capellan de cárcel. Me confesé, comulgé y tomé el santo óleo. Estuve contento de este sacerdote: se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo sobre la justicia de Dios, sobre la injusticia de los hombres, sobre el deber del perdón y sobre la vanidad de las cosas terrenales, no eran trivialidades, pues llevaban el sello de un entendimiento sublime y culto, y de un vehemente sentimiento de verdadero amor de Dios y del prójimo.

LXXIV.

El esfuerzo de atención que hice para recibir los sacramentos, pareció estenuar mi vitalidad, mas al contrario me ayudó para hacerme caer en un letargo de algunas horas que me reposó. Despertéme algo aliviado, y viendo á Schiller y Kral á mi lado, tomé las manos de ellos y les dí gracias por todos sus cuidados.

Schiller me dijo: — Mis ojos estan ejercitados en ver enfermos, y apostaría que vos no morís de esta.

— ¿No os parece hacerme con eso un mal pronóstico? dije yo.

— No, respondió, las miserias de la vida son grandes, es verdad, pero el que las sobrelleva con nobleza de ánimo y con humildad gana siempre en vivir. Añadió luego: — Si vos vivís, espero que dentro de algunos días tendéis un gran consuelo.

Habéis solicitado el ver al señor Maroncelli?

— Tantas veces lo he solicitado, y en valde, que no me atrevo ya á esperarlo.

— Esperad, esperad y repetid la demanda.

La repetí en efecto aquel día. El superintendente dijo tambien que debía yo esperar, y añadió ser verosímil que no solo Maroncelli pudiese verme,

sino que me le seria dado por enfermero, y en lo sucesivo por inseparable compañero.

Como todos los presos de Estado teniamos mas ó menos arruinada la salud, el gobernador habia requerido á Viena que pudiesemos estar puestos todos de dos en dos, á fin de socorrernos mutuamente.

Yo tambien habia pedido la merced de escribir un último adios á mi familia.

Hácia el fin de la segunda semana, mi enfermedad tuvo una crisis, y desapareció el peligro. Principiaba á levantarme, cuando una mañana se abre la puerta, y veo entrar risueños al superintendente, á Schiller y al médico. El primero corre á mí, y me dice: tenemos el permiso de daros por compañero á Maroncelli, y de dejaros escribir una carta á vuestros padres. El gozo me cortó la respiracion, y el pobre superintendente que por raptó de buen corazon habia carecido de prudencia, me creyó perdido. Cuando recobré los sentidos, y me acordé del anuncio oido, rogué que no se me retardase tan grande bien. Consintió el médico, y Maroncelli fue conducido en mis brazos. ¡O qué momento fué este! ¿Tú vives pues? esclamabamos alternativamente. ¡O amigo! ¡O hermano! ¡qué dia feliz nos ha tocado aun ver! ¡Dios sea loado!

Pero á nuestro alborozo que era inmenso se juntaba una inmensa compasion. Maroncelli debia estar menos asombrado que yo, hallándome tan menos-

cabado como estaba, pues él sabia la grave enfermedad que acababa de padecer yo: mas por mi parte aun pensando que él habia sufrido, no me le figuraba tan diverso de lo que era antes; estaba desconocido. Aquellas facciones, otras veces tan bellas, tan floridas, estaban consumidas con el dolor, el hambre y el malísimo aire de su lóbrega prision.

Sin embargo el vernos, el oírnos, el estar inseparables nos animaba. ¡Oh! cuántas cosas teniamos que comunicarnos, recordar, y repetirnos! ¡cuánta dulzura en llorar juntos! ¡cuánta armonía en todas las ideas! ¡Qué contento de encontrarnos de acuerdo en materias de religion, de aborrecer asi uno como otro la ignorancia y barbarie, pero de no odiar á ningun hombre, y de tener commiseracion de los ignorantes y bárbaros, y pedir por ellos!

LXXV.

Me trajeron un pliego de papel y una escribanía para que escribiese á mis padres. Como propiamente el permiso se habia dado á un moribundo que deseaba dirigir á su familia la última despedida, tenia mis dudas si no despacharian mi carta, siendo ahora de otro tenor; por lo que me limité á rogar con la mayor ternura á mis padres, hermanos y hermanas que se resignasen á mi suerte, protestándoles que yo por mi parte lo estaba.

Esta carta no obstante fue mandada, segun luego supe, cuando despues de tantos años volví á ver el techo paterno y fue la única que durante mi largo cautiverio pudieron recibir de mí mis adorables padres. Yo de ellos tampoco tuve ninguna, pues las que me escribian las guardaban siempre en Viena. Los otros compañeros de infortunio estaban privados igualmente de toda relacion con sus familias.

Pedimos infinitas veces la gracia de tener cuando menos papel y tinta para estudiar, y la de hacer uso de nuestro dinero para comprar libros. No fuimos escuchados jamas. El gobernador continuaba entretanto á permitir leyese los nuestros.

Tuvimos tambien por bondad suya alguna mejora en la comida, mas ; ay ! no fue durable. Habia otorgado que en vez de ser provistos de la cocina del *fondista* de la cárcel, lo fuéramos de la del superintendente. Algunos fondos mas habia él asignado para tal uso. La confirmacion de estas disposiciones no llegó ; mas mientras duró el beneficio experimenté notable alivio. Maroncelli recuperó igualmente algun vigor. Para el infeliz Oroboni era demasiado tarde. Este último tuvo por compañero primero al abogado Solera, y despues al sacerdote D. Fortini.

Cuando fuimos puestos dos á dos en cada prision, se nos renovó la prohibicion de hablar á las ventanas so pena de ponerle solo á quien contraviniese á

ella. Infringimos á decir verdad algunas veces esta veda, para saludarnos, pero no se hicieron ya largas conversaciones.

El genio de Maroncelli y el mio hermanaban perfectamente. El ánimo del uno sostenia al del otro. Si uno de los dos se sentia apoderado de tristeza ó de raptos de ira contra los rigores de nuestra condicion, el otro le divertia con alguna chulada ó con oportunos razonamientos. Una dulce sonrisa atemperaba casi siempre nuestros afanes.

Mientras tuvimos libros, aunque releidos ya tanto para poder saberlos de memoria, eran dulce pábulo á la mente, porque motivaban siempre nuevos exámenes, compulsas, juicios, rectificaciones, etc. Leiamos, ó meditabamos gran parte del dia en silencio, y dabamos á la charla el tiempo de la comida, el del pasco, y toda la noche hasta acostarnos.

Maroncelli en su subterráneo habia compuesto muchos versos de una grande belleza ; me los recitaba, y componia otros, yo tambien hacia los que le recitaba, y nuestra memoria se ejercitaba en retener todo esto. Admirable fue la capacidad que adquirimos de versificar largas producciones de memoria, pulirlas y repulirlas infinitas veces, y reducir las al mismo grado de perfeccion que hubieramos logrado escribiéndolas. Maroncelli compuso asi poco á poco, y retuvo varios millares de versos líricos y

épicos. Yo hice la tragedia de *Leoniero da Dertona* y otras varias cosas.

LXXVI.

Oroboni, despues de haber sufrido mucho durante el invierno y primavera, se encontró mucho peor en el verano. Escupia sangre, y se puso hidrópico. Dejo pensar cuál era nuestra afliccion, cuando se estaba estinguendo tan cerca de nosotros, sin que pudiesemos derribar la cruel pared que nos impedia verle y prestarle nuestros amistosos servicios. Schiller nos traia nuevas de él. El infeliz jóven padeció atrocmente, mas su ánimo nunca se envileció. Recibió los socorros espirituales del capellan (el cual por fortuna sabia francés).

Murió el dia de su santo, el 13 de junio de 1823. Algunas horas antes de espirar, habló de su octogenario padre, se enterneció y lloró. Despues se serenó, diciendo: mas ¿porqué lloró por el mas afortunado de los míos, puesto que está en vísperas de juntarse conmigo en la eterna paz? Sus postre-ras palabras fueron, «perdono de corazon á mis enemigos.» Cerróle los ojos D. Fortini, su amigo de infancia, hombre todo religion y caridad.

¡Pobre Oroboni! ¡qué hielo corrió por nuestras venas, al decirnos que no existia! Y oimos las voces

y pasos de los que vinieron á tomar el cadáver. Y vimos de la ventana el carro que le llevaba al cementerio. Era tirado por dos reos comunes, seguíanle cuatro guardias. Acompañamos con los ojos al triste convoy hasta el cementerio. Entró en el recinto, se detuvo en un ángulo; allí estaba la hoya. Pocos instantes despues, carro, reos y guardias retrocedieron: uno de estos era Kubitzky. Me dijo (pensamiento fino, extraño en un hombre rústico): he señalado con exactitud el lugar de la sepultura con el objeto de que si algun pariente ó amigo pudiese un dia obtener el tomar estos huesos y llevarlos á su pais, se sepa adonde yacen.

Cuántas veces Oroboni me habia dicho, mirando de la ventana al cementerio: indispensable es que yo me acostumbre á la idea de ir á podrirme allá dentro: y con todo confieso que esta idea me horro-riza, pues en mi concepto no se debe estar tan bien sepultado en este pais como en nuestra amada península. Luego se reia y exclamaba: ¡niñada! cuando un vestido está usado, y es necesario dejarle, ¿qué importa cualquier lugar que se arroje! Otras veces decia: me voy preparando á la muerte, pero me resignaria mas gustoso con una condicion, cual es entrar un instante en el hogar paterno, abrazar las rodillas de mi padre, oir de su boca una palabra de bendicion, y morir. Suspiraba y añadia: si este caliz no puedē alejarse de mí, ¡o Dios mio! hágase

tu voluntad. Y la última mañana de su vida dijo todavía, besando un crucifijo que Kral le presentaba: Tú que eres Divino, tuviste también horror de la muerte y proferiste: *si possibile est, transeat á me calix iste!* « Si es posible, apártese de mí este caliz. » Perdona si yo lo digo también; pero igualmente quiero repetir las otras palabras tuyas: *verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu!* « Pero no como yo quiero, sino como tú. »

LXXVII.

Después de la muerte de Oroboni, caí de nuevo enfermo; creía juntarme pronto con el difunto amigo, y lo deseaba. Solo si ¿ me hubiera separado sin sentimiento de Maroncelli?

Muchas veces, mientras que él sentado en el jergon leía ó versificaba, ó quizá fingía como yo distraerse con tales estudios, y meditaba sobre nuestras desdichas, y yo le miraba con pena, y decía entre mí: ¿ cuánto más triste no será tu vida, cuando el soplo de la muerte me habrá tocado, cuando me verás salir de esta estancia, cuando mirando al cementerio dirás: « ¿ también Silvio está allí! » Y me enternecía de este pobre sobreviviente, y hacia ruegos que le dieran otro compañero capaz de apreciarle como le apreciaba yo mismo, ó que el

Señor prolongase mis martirios, y me dejase el dulce oficio de mitigar los de este infeliz participándolos.

No llevo cuenta de cuántas veces parecían y desaparecían mis dolencias. La asistencia que en ella me daba Maroncelli era la del más tierno hermano; notaba cuando el hablar me era perjudicial, y entonces estaba silencioso, advertía si sus dichos podían aliviarme, y en ese caso encontraba siempre materias adecuadas á la disposición de mi ánimo, ora facilitándola, ora mirando poco á poco á mudarla. Almas más nobles que la suya, jamás he conocido; iguales á la suya, pocas. Un grande amor por la justicia, una gran tolerancia, una gran confianza en la virtud humana y en los auxilios de la Providencia, un sentimiento vivísimo de lo bello en todas las artes, una fantasía rica de poesía, todos los más amables dotes de mente y corazón se unían para hacerme querer.

No olvidaba yo á Oroboni, y todos los días lloraba su pérdida, mas á veces se me alegraba el corazón, imaginando que libre de todos los males y en el seno de la Divinidad, debía también enumerar entre sus contentamientos verme con un amigo no menos afectuoso que él.

Una voz parecía asegurar á mi alma que Oroboni no estaba en lugar de espaciación, y sin embargo rogaba siempre por él. Muchas veces soñé verle

que suplicaba por mí, y estos sueños, queria persuadirme, no eran accidentales, sino verdaderas manifestaciones tuyas, permitidas por Dios para consolarme. Seria cosa ridícula si refiriese la viveza de tales sueños, y el agrado que realmente dejaban en mí por dias enteros.

Los sentimientos religiosos y mi amistad por Maroncelli aligeraban cada dia mas el peso de mis aflicciones. La única idea que me arredraba era la posibilidad de que este desdichado cuya salud estaba ya bien arruinada, aunque menos vacilante que la mia, me precediese en el sepulcro. Todas las veces que él se ponía malo, yo temblaba, y cuando le veía reponerse algo, era para mí una fiesta. Estos temores de perderle daban á mi afecto por él una fuerza mas y mas grande, y en él producía el mismo efecto semejante idea con respecto á mí.

¡Ah! ¡cuán dulce es en estas alternativas de zozobras y de esperanzas el cariño que se tiene por la única persona que nos resta! Nuestra suerte era seguramente una de las mas tristes que darse puede, con todo el estimarnos y amarnos tan acendradamente formaban en medio de nuestros dolores una especie de felicidad; y de veras la experimentabamos.

LXXVIII.

Hubiera deseado que el capellan (de quien estuve tan contento en mi primera enfermedad) se nos hubiese concedido por confesor, y que pudiesemos verle de cuando en cuando, aun sin encontrarnos gravemente enfermos. En vez de dar este encargo á él, el gobernador nos destinó un Agustino, llamado Fr. Bautista, en tanto que viniese de Viena ó la confirmacion de este, ó el nombramiento de otro.

Temia perdiésemos en el cambio, me equivocaba, pues el P. Bautista era un ángel de caridad, sus modales eran de la mayor urbanidad y elegancia, racionaba profundamente acerca de los deberes del hombre. Rogámosle nos visitase á menudo: venia todos los meses, y mas frecuentemente, si podia. Nos traía tambien con el permiso del gobernador algun libro, y nos decia, en nombre de su superior, que toda la biblioteca del convento estaba á nuestra disposicion. Hubiera sido para nosotros un gran bien, si hubiese durado; nos aprovechamos no obstante por varios meses.

Concluida la confesion, se detenía argamente á platicar, y todos sus discursos dejaban ver un alma recta, llena de dignidad, y apasionada por la gran-

deza y santidad del hombre. Tuvimos la fortuna de gozar cerca de un año de sus luces y afecto, que no se desmintieron jamas. Nunca una sílaba que pudiese hacer sospechar intenciones de servir antes á la política que á su ministerio; nunca una falta á las atenciones las mas delicadas. Verdad es que á los principios desconfiaba de él, esperándome verle usar de la finura de su talento en indagaciones inoportunas. En un preso de Estado semejante desconfianza es harto natural; mas ¡o cuánto alivio se siente cuando aquella se desvanece; y cuando en el intérprete de Dios no se descubre mas celo que el de la causa divina y la de la humanidad! Tenia un modo peculiar suyo y eficazísimo de consolar, yo, v. g. me acusaba de mis raptos de ira contra los rigores de nuestra disciplina carcelaria, él me moralizaba algun tanto sobre la virtud de sufrir con serenidad y perdonando, despues pasaba á pintar con los mas vivos coloridos las miserias de condiciones diversas de la mia, pues habia vivido mucho en ciudades y aldeas, conocido grandes y pequeños, y meditado sobre las injusticias humanas, sabia describir bien las pasiones y costumbres de las varias clases sociales, mostrándome por todas partes fuertes y débiles, opresores y oprimidos, por todas partes la necesidad ó de odiar á nuestros semejantes, ó de amarlos por generosa indulgencia y compasion. Los casos que contaba para recordarme la universalidad

de la desgracia y los buenos efectos que se pueden sacar de ella nada tenian de singular, eran al contrario muy vulgares, mas los decia con espresiones tan exactas y poderosas que me hacian vivamente sentir las deducciones que inferia de ellos.

¡Ah! sí: cada vez que habia oido estas afectuosas reconvenciones y estos nobles consejos, abrasaba en amor de la virtud, no aborrecia ya á nadie, hubiera dado la vida por el menor de mis semejantes, y bendecia á Dios de haberme hecho hombre.

¡Ah! ¡infeliz quién ignora la sublimidad de la confesion! infeliz quién, por no parecer vulgar, se cree obligado á mirarla con escarnio! No es una razon, porque sabiendo ya cada cual que necesita ser bueno, sea inútil oírsele repetir; ¿bastan pues las propias reflexiones y conducentes lecturas? no por cierto; pues la voz viva de un hombre tiene un poderío de que carecen estas y aquellas; el alma es impresionada mas profundamente. En el hermano que habla, hay una vida y una oportunidad que muchas veces se buscarian en vano en los libros y en nuestros propios pensamientos.

LXXIX.

A principios de 1824, el superintendente que tenia su oficina en una de las puntas de nuestro cor-

redor, se trasportó á otro lugar, y las piezas que habitaba con otras adyacentes fueron convertidas en prisiones. ¡Ay! inferimos que se aguardaban de Italia nuevos presos de Estado.

No tardaron en efecto en llegar los de un tercer proceso, todos amigos y conocidos míos. ¡Oh! cuando supe sus nombres ¡cuál fue mi tristeza! Borsieri era uno de mis mas antiguos amigos. Con Confalonieri estaba conexionado no hacia tanto tiempo; pero tambien de todo corazón. Si hubiese podido, pasando al *carcere durissimo* ó á cualquier tormento imaginable, descontar su pena y libertarlos. ¡Dios sabe si no lo hubiera hecho! No digo solo dar la vida por ellos, pues ¡ah! ¿qué cosa es dar la vida? ¡sufrir es mucho mas!

Hubiera tenido entonces grande necesidad de los consuelos del P. Bautista; no le permitieron venir mas.

Nuevas órdenes llegaron para el sostenimiento de la mas severa disciplina. Ese terraplen que nos servia de paseo fue cercado desde luego con una empalizada, de forma que ninguno podia vernos siquiera de lejos con telescopios, y asi perdimos el espectáculo bellissimo de las circunvecinas colinas y de la ciudad sita al pie de ellas. No fue esto todo; para ir á este terraplen, era preciso atravesar el patio segun he dicho, y en este muchos podian apercibirnos; á fin pues de ocultarnos á todas las mira-

das, se nos quitó este lugar de paseo, y se nos señaló uno sumamente reducido, situado contiguamente en nuestro corredor, y espuesto al occidente como nuestros cuartos.

No puedo espresar cuánto nos afligió este cambio de paseo, pues no he anotado todos los recreos que teniamos en el sitio de que nos acababan de privar: la vista de los hijos del superintendente, sus tiernos abrazos en el parage mismo en que habiamos visto enferma á la madre de ellos en sus postreros dias, algunas que otras palabrillas con el cerrajero que tenia tambien allí su aposento, las alegres cancioncillas y la harmonía de un cabo de escuadra que tocaba la guitarra, y por último un inocente amor, no mio ni de mi compañero, y sí de una buena Húngara, muger de un cabo, y vendedora de fruta, la cual se habia enâmorado de Maroncelli.

Ya antes que le hubiesen puesto conmigo, él y la muger viéndose allí casi todos los dias, habian trabado entre sí alguna amistad. Él era alma tan buena, tan digna, y tan cándida que ignoraba totalmente haber infundido amor á la apiadada criatura, yo se lo hice notar. Titubeó en creermelo, y dudoso solamente de que yo tuviese razon, se impuso á sí mismo el mostrarse mas frio con ella. La mayor circunspeccion suya en vez de amortiguar el amor de la muger, le enardeció mas. Como la ventana del cuarto suyo estaba alta apenas una braza del suelo

del terraplen, saltaba de nuestro lado, con el aparente motivo de tender al sol alguna ropilla, ó hacer alguna otra haciendilla, y se paraba á mirarnos, y si podia, entablaba conversacion.

Nuestras pobres centinelas, siempre rendidas de haber dormido poco ó nada por la noche, aprovechaban con gusto la ocasion de estar en el ángulo donde sin ser vistas de los superiores, podian sentarse en la yerba y dar algunas cabezadillas. Maroncelli se hallaba entonces en un grande apuro, tan visible era el amor de esta desdichada. Mayor era el mio; pues aunque semejantes escenas hubieran sido muy risibles, si la persona nos hubiese infundido poco respeto, eran no obstante para nosotros serias, y pudiera decir patéticas. La infeliz Húngara tenia una de esas fisonomías que anuncian indubitablemente el hábito de la virtud, y la necesidad de estimacion. No era linda, mas dotada de tal espresion de donaire que los contornos algo irregulares de su rostro parecian embellecerse á cada sonrisa, y á cualquier movimiento de los músculos.

Si fuera mi ánimo escribir de amor, me restarian no breves cosas que decir de esta mísera y virtuosa muger (ahora difunta); mas basta haber notado uno de los pocos acontecimientos de nuestra cárcel.

LXXX.

Los crecientes rigores hacian cada vez mas monótona nuestra vida. Todo el año de 1824, todo el 25, todo el 26, y todo el 27, ¿en qué se pasaron para nosotros? Fuimos privados del uso de nuestros libros que por *interin* nos habia concedido el gobernador. La cárcel nos era una verdadera tumba, en la cual-siquiera la tranquilidad de esta nos era dejada, pues cada mes venia en día indeterminado á hacer una diligente requisa el director de policía, acompañado de un subteniente y soldados. Nos ponian en cueros, registraban todas las costuras de los vestidos, por temor que tuviesemos oculto algun papel ú otra cualquier cosa, y descosian los jergones para escudriñar por dentro. Sin embargo de que nada clandestino podian hallarnos, esta visita hostil y de sorpresa, repetida sin fin, tenia no sé qué que me irritaba, y que cada vez me daba calentura.

Los años anteriores que me habian parecido tan tristes, ahora pensaba en ellos con deseo, como de un tiempo de dulces delicias. ¿Dónde estaban aquellas horas en que me en golfaba en el estudio de la Biblia ó de Homero? A fuerza de leer este último autor en el original, el corto conocimiento de griego

que poseia se habia aumentado, y me habia apasionado por esta lengua. ¡ Cuánto sentia no poder continuar el estudio de ella! Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Walter Scott, Schiller, Goethe, etc., ¡ cuántos amigos me eran robados! Entre ellos enumeraba tambien algunos libros de cristiana sabiduria, como el Bourdaloue, el Pascal, la Imitacion de Jesucristo, la Filotea, etc., libros que si se leyesen con crítica estrecha é iliberal, esclamando á cada falta de gusto que en ellos se halla, á cada pensamiento no válido, se echarian á un lado y no se recogerian nunca, pero que leidos sin maliciar ni escandalizarse de los lados endebles, descubren una filosofía elevada y sumamente sustancial para el corazon, y el entendimiento.

Algunos de estos libros de religion nos fueron enviados despues como dádiva del Emperador, pero con esclusión absoluta de los de otra especie que sirviesen á estudios literarios. Este don de obras ascéticas nos fue impetrado en 1825 á instancias de un confesor dalmaciano, enviado de Viena, el P. Esteban Paulowich, nombrado dos años despues obispo de Cártaro. Fuimos tambien deudores á este de tener al fin la misa, que en un principio siempre se nos negó, diciéndonos que no podian conducirnos en la iglesia, y tenernos separados de dos en dos, segun estaba prescrito. Siendo imposible tanta separación, íbamos á misa, divididos en tres grupos,

uno en la tribuna del órgano, otro debajo de esta, de modo que no pudiera verse, y el tercero en una capillita que tenia vista á la iglesia por entre una reja.

Maroncelli y yo teniamos entonces por compañeros, pero con prohibición que una pareja hablara con la otra, á seis reos de sentencia anterior á la nuestra; dos de ellos habian sido vecinos míos en los *Plomos* de Venecia. Nos conducian guardias al puesto señalado, y nos volvian á conducir, acabada la misa á cada pareja en su prision. Venia á decirnosla un capuchino. Este buen religioso concluia siempre su rito con un *Oremus* implorando nuestra soltura, y su voz nos conmovia. Cuando se retiraba del altar, echaba una compasiva ojeada á cada uno de los tres grupos, é inclinaba tristemente la cabeza rezando.

LXXXI.

En 1825 Schiller estaba ya demasiado enclenque á causa de los achaques de la vejez, y le dieron la custodia de otros reos que requerian menos vigilancia. ¡ O cuánto sentimos que se alejase de nosotros, y tambien á él le fue sensible el dejarnos!

Por sucesor tuvo primeramente Kral, hombre no inferior á él en bondad; pero aun á este le dieron en breve otro destino, y nos tocó uno, no malo,